

¡Dios mío! él no quería quebraderos de cabeza! Ya, cuando lo de la jubilación, fundada en una enfermedad que no tenía, le había costado gran trabajo arreglar sus papeles y pedir recomendaciones, y la jubilación era cosa temporal... con que la salvación del alma, la jubilación eterna como quien decía ¡penas iba á exigir esfuerzos, expedientes, y también recomendaciones! Era preciso entregarse á su esposa para que le ayudase en tan arduo negocio.»

La Regenta conoció bien pronto que don Víctor se entregaba. Aunque ella hubiera querido más acendrada piedad, tuvo que contentarse con el dolor de atrición que claramente manifestaba su marido. Y no tuvo escrúpulo en asustarle un poco más de lo que estaba, recordándole las penas del Infierno, aunque estos recursos de terror le repugnaban á ella. Quintanar mostraba gran empeño en sostener que el fuego de que se trataba no era material, era simbólico.

—No es de fe—repetía—en mi opinión, creer que ese fuego es físico, material; es un símbolo, el símbolo del remordimiento.

Algo le tranquilizaba la idea de que le tosasen con símbolos en el caso desesperado de no salvarse, como deseaba seriamente.

El primer esfuerzo que hizo Anita para salir de casa, tuvo por objeto llevar á su don Víctor á la Iglesia. Confesaron los dos con el Magistral.

Á don Víctor al comulgar le atormentaba la idea de que no había confesado un pecadillo considerable: tenía sus dudas respecto de la infalibilidad pontificia.

El canónigo Döllinger, de quien no sabía más sino que existía y que se había separado de la Iglesia, le seducía por su tenacidad, que le recordaba la de su tierra, Aragón, el reino más noble y testarudo del Universo.—

Los días para la Regenta se deslizaban suavemente.

El Magistral su maestro, y don Víctor, su discípulo, eran los compañeros de su vida al parecer sosa, monótona, pero *por dentro* llena de emociones. Seguía encontrando en la oración mental delicias inefables. Dios era no menos amable como Padre de las criaturas, como Director de la gran «fábrica de la inmensa arquitectura,» que en la pura contemplación de su Idea. Además, pensaba Anita, fuera orgullo aspirar ahora á la visión de la Divinidad directamente; me faltan muchos pasos, muchas *moradas*. Ya llegaré si el Señor lo tiene así dispuesto. Ahora debo hacer lo que dice el Magistral; ya que las fuerzas vuelven á mi cuerpo, aprovecharlas en una actividad piadosa, que es lo que él llama higiene del espíritu. La ociosidad me volvería al pecado, como volvía á la misma Santa Teresa. Si para ella tenía tan grave peligro ¡qué será para mí!

Anita recibía las pocas visitas que don Alvaro se atrevía á hacerle, sin alterarse, tranquila en su presencia, y tranquila después que se marchaba. Procuraba apartar de él su pensamiento, con la conciencia de que era aquel recuerdo una llaga del espíritu que tocándola dolería. Tuvo valor para mostrarse fría con él, para cortar el paso á la confianza, para negarle la mano, para todo, hasta para verle despedirse... Pero en cuanto le vió salir tropezando, «ciego de amor y pena,» creía ella, una lástima infinita le inundó el alma, y tembló de miedo; su seno se hinchó con un suspiro... y la carne flaca tropezó con el Cristo amarillento de marfil que el Magistral había regalado á su amiga para que lo llevase sobre el pecho.

Ana besó la imagen y volvió los ojos al cielo.

—Jesús, Jesús, tú no puedes tener un rival. Sería infame, sería asqueroso...

Y recordó la ira de Jesús cuando se aparecía á Teresa que le olvidaba.

—Sería engañar á Dios, engañar al Magistral pensar en ese hombre ni un solo instante, ni siquiera para compadecerle... ¡Oh! ¡qué hipócrita, qué gazmoña miserable sería yo si tal hiciera! ¡Qué romanticismo del género más ridículo y repugnante sería el mío, si después de tanta piedad que yo creí profunda, vocación de mi vida en adelante, volviera una pasión prohibida á enroscarse en el corazón, ó en la carne, ó donde sea!... No, no! Ridículo, villano, infame, vergonzoso, además de criminal! ¡Mil veces no! Quiero morir, morir, Señor, antes que caer otra vez en aquellos pensamientos que manchan el alma y le clavan las alas al suelo, entre lodo...

Pero al día siguiente de la despedida de don Alvaro, Ana despertó pensando en él. «Ya no estaba en Vetusta. Mejor. La terrible tentación le volvía la espalda, huía derrotada... Mejor... era un favor especial de Dios.»

Aquella tarde bajó al Parque, á la hora en que don Alvaro se había despedido el día anterior.

«Veinticuatro horas hacía ya.» Otras veces había estado días y días sin verle, y le parecía muy tolerable la ausencia y corta. Pero estas veinticuatro horas eran de otra manera, se contaban por minutos... que es como se cuentan las horas. «Y bien, lo normal, lo constante, lo que debía ser ya siempre, era aquello... el no verle... Veinticuatro horas y después otras tantas... y así... toda la vida.»

Hacía mucho calor. Ni debajo del toldo espeso de los castaños de Indias, ahora cargados de anchas hojas y penachos blancos, podía Ana respirar una ráfaga de aire fresco. Su pensamiento quería elevarse, volar al cielo, pero el calor, de unos 30 grados, que en Vetusta es mucho, le derretía las alas al pensamiento y caía en la tierra, que ardía, en concepto de Ana.

Y para que no se le antojase volar más en toda la

tarde, se presentó en el parque Visitación Olias de Cuervo, á quien el verano *sentaba* bien, y dejaba lucir trajes de percal fantásticos y baratos. Venía alegre, vaporosa, y con las apariencias de un torbellino; daba gana de cerrar los ojos al verla acercarse. En la calle la había querido abrazar un mozo de cordel. La aventura, ridícula y todo, la había rejuvenecido, había encendido chispas en sus ojuelos, y «¡Ea! venía con afán de abrazar ella también.» Abrazó á la Regenta, se la comió á besos... y después de contarla el *paso de comedia* del mozo de cordel, gritó de repente:

—Á propósito, ¿no te ha contado Víctor lo de Alvaro?

Visita tenía cogida por las muñecas á su amiga. Estaba tomándola el pulso á su modo.

Clavó con sus ojos menudos los de Ana y repitió:

—¿No sabes lo de Alvaro?

El pulso se alteró, lo sintió ella con gran satisfacción. «Á mí con santidades, pensó; *pulvises*, como dijo el otro.»

—¿Qué le pasa? ¿que se ha marchado? Ya lo sé.

—No, no es eso.

—¿Qué? ¿No se ha marchado?

Nueva alteración del pulso, según Visita.

—Sí, hija, sí, se ha marchado, pero verás cómo. Ya sabes que tenía relaciones con la señora de ese que es ó fué ministro, no recuerdo, en fin ya sabes quién es, ese que viene á baños á Palomares.

—Sí, sí, bien...

—Pues bueno; esta mañana, lo ha visto medio Vetusta, al ir Mesía á tomar el tren de Madrid, el correo, el que sube... ¿estás? se encontró con esa ministra, que es muy guapa por cierto, en medio del andén. ¡Figúrate! Total, que ella bajaba para Palomares, donde ha comprado una especie de chalet ó demonios; bueno, pues, cádate que nuestro Alvarito, en

vez de tomar el tren que subía, el de Madrid, toma el que baja, da órdenes á su criado, para que recoja corriendo el equipaje y se meta en el reservado que traía la ministra, un coche salón con cama y demás. Y el marido no venía, por supuesto; ella, dos criados y los *bebés* como dice Obdulia. ¡Figúrate! Todo Vetusta, que estaba en la estación esta mañana por casualidad, se ha hecho cruces. Es mucho Alvaro. ¿Pero ella? ¿qué te parece de ella? Á eso vamos; á lo escandalosas que son esas señoronas de Madrid. Y eso que ésta tiene fama de virtuosa, ¡uf! ¡yo lo creo!... ¡La virtuosísima señora ministra de Gracia y salero... ¡pero, señor, cómo demonches se llama ese tipo de ministro!...

Ana recordaba perfectamente cómo se llamaba aquel «tipo de ministro», pero no quiso decirlo; sintió que palidecía, por un frío de muerte que le subió al rostro; dió media vuelta, y disimulando cuanto pudo, se recostó en un árbol. Fingió entretenerse en rayar la corteza del tronco, y mudando de conversación, preguntó á Visita por un niño que tenía enfermo.

Pero Visita era tambor de marina, como decían ella y la Marquesa; de otro modo, que nadie se la pegaba; conoció la turbación de Ana, y con gran júbilo, confirmó para sus adentros la teoría del *pulvises* ó sea de la ceniza universal.

«Ana tenía celos; luego, tenía amor; no hay humo sin fuego.»

Se despidió al poco rato; ya había dado su noticia, ya sabía lo que quería; no era cosa de perder el tiempo; necesitaba hacer en otra parte otra buena obra por el estilo. Se marchó, como la marejada que se retira. Dejó los senderos blancos como si los hubiesen peinado. La escoba almidonada de enaguas y percal engomado dejó su rastro de rayas sinuosas y paralelas grabado en la arena.

Ana tuvo miedo. La tentación, la vieja tentación de don Alvaro, le había sabido á cosa nueva; se le figuró un momento que aquel dolor que sintiera al saber lo de la ministra, era más de las entrañas que sus demás penas; era un dolor que la aturdió, que pedía remedio á gritos desde dentro... Por la primera vez, después de su enfermedad, sintió la rebelión en el alma.

«Oh, no; no quería volver á empezar. Ella era de Jesús, lo había jurado. Pero el enemigo era fuerte, mucho más de lo que ella había creído. Otras veces había desafiado el peligro; ahora temblaba delante de él. Antes la tentación era bella por el contraste, por la hermosura dramática de la lucha, por el placer de la victoria; ahora no era más que formidable; detrás de la tentación no estaba ya sólo el placer prohibido, desconocido, seductor á su modo para la imaginación; estaban además el castigo, la cólera de Dios, el infierno. Todo había cambiado; su vocación religiosa, su pacto serio con Jesús la obligaban de otro modo más fuerte que los lazos demasiado sutiles del deber vagamente admitido por la conciencia, sin pensar en sanción divina. Antes no quería pecar por dignidad, por gratitud, porque... no. Ahora el pecado era algo más que el adulterio repugnante, era la burla, la blasfemia, el escarnio de Jesús... y era el infierno. Si caía en los lazos de la tentación, ¿quién la consolaría cuando viniese el remordimiento tardío? ¿cómo llamar á Jesús, otra vez? ¿cómo pensar en Teresa, que jamás había caído? No, no la llamaría, preferiría morir desesperada y sola. ¿Pero después? El infierno, aquella verdad tremenda, sublime en su mal sin término.»

«—Tú vencerás, Dios mío, tú vencerás—exclamó en voz alta, hablando con las nubecillas rosadas que imitaban en el cielo las olas del mar en calma.»—

Aquella noche lloró la Regenta lágrimas que salían de lo más profundo de sus entrañas, de rodillas sobre

la piel de tigre, con la cabeza hundida en el lecho, los brazos tendidos más allá de la cabeza, las manos en cruz.

Desde el día siguiente el Magistral notó con mucha alegría, que Ana volvía su piedad del lado por donde él quería llevarla. «Menos contemplación y más devociones, obras piadosas y culto externo, que entretiene la imaginación.»

Con un entusiasmo que tenía sus remolinos que atraían las voluntades, Ana se consagró á la piedad activa, á las obras de caridad, á la enseñanza, á la propaganda, á las prácticas de la devoción complicada y bizantina, que era la que predominaba en Vetusta. Aquellas exageraciones, que tal le habían parecido en otro tiempo, ahora las encontraba justificables, como los amantes se explican las mil tonterías ridículas que se dicen á solas.

«¿No había en los amores humanos un vocabulario infantil, ridículo, sin sentido para los profanos? Sí, lo había, ella no podía asegurarlo por experiencia, pero lo había leído y el corazón se lo confirmaba. Pues bien, el amor de Dios, á su manera, podía tener sus niñerías, sus nimiedades, ridículas para las almas frías, indiferentes.» Hasta llegó á comprender los superlativos de letanía de doña Petronila ó sea el gran Constantino.

Al Magistral mismo se atrevía la Regenta á hablarle con cierto mimo, con una confianza llena de palabras de sentido nuevo y convenido, con un estilo que podría llamarse humorismo piadoso. Y además, se permitía Ana interesarse por los bienes puramente temporales de su confesor. No le dejaba pasar debilidades, exponerse á un constipado. «¡Buena la haríamos si usted se me muriese! todo esto, señor mío, es egoísmo, ni Dios ni Vd. han de agradecerlo.»

Con estas palabras, y con las sonrisas que las acom-

pañaban, el Magistral tenía para rumiar ocho días felicidad inefable. «Sí, inefable. Él no se explicaba qué era aquello. No sospechaba que en el mundo, en el pícaro mundo se podía gozar así. Á los treinta y seis años, cuando él creía que ya nadie podía enseñarle nada, una señora inocente, joven, sin mundo, venía á mostrarle un universo nuevo, donde sin más que una sonrisita, una palabra, que era como la letra de una música que había en el modo de decirla, se veía uno de repente entre los ángeles, gozando como en el Paraíso, sin querer nada más, sin pensar en nada más. ¡Gozando, gozando y gozando!»

Ni por las mientes se le pasaba reflexionar sobre su situación. ¿Era aquello pecado? ¿Era aquello amor del que está prohibido á un sacerdote? Ni para bien ni para mal se acordaba don Fermín de tales preguntas. Peor para ellas si se hubiera acordado.

—¡Usted nunca me habla de sí mismo!—le decía Ana con tono de reconvención, una mañana de agosto, en el parque, metiéndole una rosa de Alejandría, muy grande, muy olorosa, por la boca y por los ojos. Estaban solos. Tácitamente habían convenido en que aquellas expansiones de la amistad eran inocentes. Ellos eran dos ángeles puros que no tenían cuerpo. Anita estaba tan segura de que para nada entraba en aquella amistad la carne, que ella era la que se propasaba, la que daba primero cada paso nuevo en el terreno resbaladizo de la intimidad entre varón y hembra.

El Magistral con la cara llena del rocío de la flor y el corazón más fresco todavía, contestó:

—¿Hablarle de mí mismo? ¡Para qué! Yo tengo, por razón de mi oficio en la Iglesia militante, la mitad de mi vida entregada á la calumnia, al odio, á la envidia, que la devoran y hacen de ella lo que quieren: se me persigue, se me preparan asechanzas, hasta hay sociedades secretas que tienen por objeto derribarme,

como ellos dicen, de lo que llaman el poder... Todo eso es miseria, Ana, yo lo desprecio. Puedo asegurar á Vd. que yo no pienso más que en la otra mitad de mí mismo, que es la que traigo aquí, la que vive en la paz dulce de la fe, acompañada de almas nobles, santas, como la de una señora... que Vd. conoce... y á quien no aprecia en todo lo que vale...

Y el Magistral sonrió como un ángel, mientras aspiraba con delicia el perfume de la rosa de Alejandría, que Ana sin resistencia había dejado en manos del clérigo.

Ella se puso seria, quiso explicaciones. «Se le perseguía, se le calumniaba... tenía enemigos... y él sin decir nada á su amiga. ¡Estaba bueno!» Algo había oído ella mucho tiempo hacía, pero vagamente. Se acusaba al Magistral, á lo que podía entender, de vicios tan torpes, de tan miserables delitos, que lo grosero de la calumnia la hacía de puro inverosímil inofensiva casi.

La Regenta había despreciado y hasta olvidado aquellos rumores que llegaban de tarde en tarde á sus oídos. Pero ya que el Magistral mismo se quejaba, daba á entender que aquella persecución le dolía, era necesario saber más, procurar el consuelo de aquel corazón atribulado, buscar remedios eficaces, ayudar al justo perseguido, calumniado, que además del justo era el padre espiritual, el hermano mayor del alma, el faro de luz mística, el guía en el camino del cielo.

Aquella mañana de Agosto el Provisor la señaló como una de las más felices de su vida. Ana le obligó á hablar, á contárselo todo. Él, elocuente, con imaginación viva, fuerte y hábil, improvisó de palabra una de aquellas novelas que hubiera escrito á no robarle el tiempo ocupaciones más serias. Se sentaron en el cenador. Don Fermín dijo, primero, sonriendo, que él también quería confesarse con ella. «¿Creía Ana que

era perfecto? ¿Que no había pasiones debajo de la sotana? ¡Ay sí! Demasiado cierto era por desgracia. La confesión del Magistral se pareció á las de muchos autores que en vez de contar sus pecados aprovechan la ocasión de pintarse á sí mismos como héroes, echando al mundo la culpa de sus males, y quedándose con faltas leves, por confesar algo.

De aquella confidencia, Ana sacó en limpio que el Magistral, como ella creía, era un alma grande, que no había tenido más delito que cierta vaga melancolía en la juventud y una ambición noble, *elevada*, en la edad viril. Pero aquella ambición había desaparecido ante otra más grande, más pura, la de salvar las almas buenas, la de ella por ejemplo. Ana, al oír aquello, cerraba los ojos para contener el llanto, y se juraba en silencio consagrarse á procurar la felicidad de aquel hombre á quien tanto debía, que tan grande se le mostraba, que prefería vivir cerca de ella para guiarla en el camino de la virtud, á ser obispo, cardenal, pontífice. «¡Y le calumniaban! ¡Y tenía enemigos! ¡Y había habido tiempo en que querían ponerle en ridículo, porque ella, Anita, seguía entregada á las vanidades del mundo, á pesar de ser hija de confesión de don Fermín! ¡Oh, ya verían, ya verían en adelante!»

«¿Qué cosa mejor que aquella pasión ideal, aquel afán por una buena obra, aquella abnegación, á que se proponía entregarse, para combatir la tentación cada vez más temible del recuerdo de Mesía, que estaba en Palomares enamorado de la ministra?»

De Pas ya no sabía dónde iba á parar aquello.

Ana le admiraba, le cuidaba, estaba por decir que le adoraba, de tal suerte, que el peligro cada día era mayor. «Aunque la pasión que él sentía nada tenía que ver con la lascivia vulgar (estaba seguro de ello) ni era amor á lo profano, ni tenía nombre ni le hacía

C. M. S. S. S. S. S.

falta, podía ir á dar no se sabía dónde. Y el Magistral estaba seguro de que al menor descuido de la carne, intrusa, temible, la Regenta saltaría hacia atrás, se indignaría y él perdería el prestigio casi sobrenatural de que estaba rodeado. Además, suponiendo que aquello parase en un amor sacrílego y adúltero, miserablemente sacrílego, por haber tenido tales comienzos, ¡adiós encanto! Ya sabía él lo que era esto. Una locura grosera de algunos meses. Después un dejo de remordimiento mezclado de asco de sí mismo; verse despreciable, bajo, insufrible; y después ira y orgullo, y ambición vulgar y huracanes en la Curia eclesiástica.—No, no. La Regenta debía ser otra cosa. Había que hacer á toda costa que aquello no pudiese degenerar en amor carnal que se satisface. Y sobre todo, lo de antes, que la Regenta se llamaría á engaño; era seguro.»

Y después de una pausa, pensaba el Magistral:  
«Y en último caso, ello dirá.»—

Don Víctor estaba cada día mas triste. Por una parte aquel dolor de atrición, aquel miedo á no salvarse á pesar de ser tan bueno, de no haber hecho mal á nadie; por otro lado, el calor, aquel sudor continuo, aquellas noches sin dormir... la soledad de Vetusta... la yerba agostada del Paseo grande, la falta de espectáculos... «Y además que nadie le comprendía. Frígílis era un estuco: en tratándose de cosas espirituales ya se sabía que no había que contar con él. Ni el verano le sofocaba ni el invierno le encogía: era un marmolillo. Y á su mujer y al Magistral el estío de Vetusta, aquella tristeza de calles y paseos no les disgustaba!» Iba don Víctor al casino: ni un alma. Algún magistraldo sin vacaciones que jugaba al billar con un mozo de la casa. En el gabinete de lectura, Trifón Cármenes repasando *Ilustraciones* antiguas; en el tresillo ni un

socio; no le quedaba más que el dominó, que le era antipático por el ruido de las fichas y por aquello de estar sumando sin parar. Su contendiente del ajedrez estaba en unos baños. «¡Claro! *todo el mundo* se estaba bañando.» Aunque don Víctor otros veranos, si bien pasaba junto al mar un mes, no se bañaba más que dos ó tres veces, ahora echaba de menos todos los días la frescura de las olas. En el Casino leía los periódicos de *La Costa*: conciertos nocturnos al aire libre, giras campestres, regatas, de todo esto hablaban; ¡cuánta gente! ¡cuánta música! ¡teatro, circo! barcos, grandes vapores ingleses... y el mar... el mar inmenso... ¡Aquello era divertirse! Don Víctor suspiraba y se volvía á casa.

«—No estaba la señora.»

Pero estaba Kempis.

Allí, abierto, sobre la mesilla de noche. Sin poder resistir el impulso, Quintanar tomaba el libro, después de quitarse el *chaquet* de alpaca y quedarse en mangas de camisa: tomaba el libro y leía... «¡Vuelta al miedo! á la tristeza, á la languidez espiritual. Era en efecto el mundo una laceria, como decía el texto, y sobre todo en el verano. Vetusta era un pueblo moribundo. Aquella misma verdura de los árboles, tan desnudos en invierno, era bien venida en primavera, pero causaba ahora hastío: casi se deseaba la rama escueta, que tiene mejor dibujo.» Hasta era capaz de hacerse artista de veras don Víctor á fuerza de triste y aburrido.

Y Ana volvía contenta de la calle. «Mejor, más valía que alguno lo pasara bien: él no era egoísta.»

«¿Pero qué gracia le encontraría su mujer á la soledad de Vetusta? Además, no estaba allí el Kempis sangrando, probando, como tres y dos son cinco, que en el mundo nunca hay motivo para estar alegre? Verdad era que su Anita era feliz por razones más

altas. Él no podía llegar á tal grado de piedad. Temía á Dios, reconocía su grandeza, ¡es claro! había hecho las estrellas, el mar, en fin todo!... Pero una vez reconocido este Infinito Poder, él, Víctor Quintanar, seguía aburriéndose en aquel pueblo abandonado, sin teatro, sin paseos, sin mar, sin regatas, sin nada de este mundo. ¡Oh, si no fuera por sus pájaros!»

En tanto Ana, cada día más activa, procuraba olvidar, y muchas veces lo conseguía, lo que llamaba la tentación, que cada vez era más formidable; y cuanto más temida más fuerte. Pero huía de ella, acogíase á la piedad, y visitaba con celo apostólico y ardiente caridad las moradas miserables de los pobres hacina-dos en pocilgas y cuevas; llevaba el consuelo de la religión para el espíritu y la limosna para el cuerpo; solían acompañarla doña Petronila Rianzares ó alguna otra dama de su cónclave; pero también iba sola. De cuantas ocupaciones le imponía la vida devota, ésta era la que más le agradaba.

El verano robaba gran parte del contingente de aquellos ejércitos piadosos del Corazón de Jesús, la Corte de María, el Catecismo, las Paulinas y demás instituciones análogas; muchas señoras iban á baños ó á la aldea. Pero el núcleo quedaba: era el grupo numeroso y considerable de beatas ilustres que rodeaban al Gran Constantino, á doña Petronila. Durante los meses del calor disminuían bastante las limosnas, pero se hablaba mucho en las cofradías, preparando las fiestas de Otoño y de Invierno; y además, se murmuraba un poco de las ausentes. La Regenta, sin entrar jamás en estos conciliábulos, los perdonaba como falta leve, «que ella, cargada de otras más graves, no tenía derecho á censurar.»

Don Fermín y Ana se veían todos los días; en el caserón de los Ozores, unas veces, otras en el Catecis-

mo, en la Catedral, en San Vicente de Paul, y más á menudo en casa de doña Petronila. El obispo-madre siempre estaba ocupada; los dejaba solos en el salón oscuro, y ella, con permiso de sus amigos, se iba á arreglar sus cuentas ó lo que fuese.

Vetusta era de ellos: la soledad del verano parecía darles posesión del pueblo; hablaban en el pórtico de la catedral mucho tiempo para despedirse, sin miedo de ser vistos: como si aquella soledad de la iglesia se extendiera á todo el pueblo. Anita encontraba la vida de Vetusta más tolerable que en invierno. En este particular no se entendían ella y su marido.

Don Fermín hubiera deseado que la estación no pasara, que los ausentes se quedaran por allá. Su madre había ido á Matalerejo á cobrar rentas y preparar la recolección; á recoger intereses de mucho dinero esparcido por aquellas montañas. Teresina era el ama de casa. Alegre todo el día, activa, solícita, llenaba el hogar del Magistral de cantares religiosos á los que daba, sin saber cómo, sentido profano, aire de la calle. Aquel tono alegre era más picante por el contraste con el rostro de Dolorosa de la joven. Teresina había tomado un poco de color, y los ojos, rodeados de ligeras sombras, eran más profundos, más hermosos que nunca en aquella oscuridad dulce y misteriosa de las pupilas. Amo y criada estaban contentos. La libertad les sabía á gloria. Cada cual hacía lo que quería. No estaba doña Paula, no había que dar cuentas á nadie. Y no faltaba nada. El señorito lo tenía todo á su tiempo y en su sitio como siempre. Ya podía vivir sin la señora.

El Magistral salía y entraba sin temor de interrogatorios insidiosos; si volvía tarde, no importaba. Todo, todo le sonreía. ¡Ojalá fuera eterno el verano! Hasta sus enemigos habían cedido en la calumnia; ya no se murmuraba tanto; muchos de los calumniadores vera-

C. M. S. S. S. S. S.

neaban; á los que quedaban les faltaba auditorio. Don Santos Barinaga no salía de casa, estaba enfermo. Sólo Foja, que no veraneaba, por economía, procuraba mantener el fuego sagrado de la murmuración en el Casino, entre cuatro ó cinco socios aburridos, que iban allí media hora á tomar café. En fin, parecía aquello una suspensión de hostilidades. «Bien venida fuera; don Fermín aceptaba la lucha, si se ofrecía, pero prefería la paz. Sobre todo ahora, que tenía más que hacer, algo mejor y más dulce que odiar y perseguir á miserables, dignos de desprecio y de lástima.»

Aquella felicidad que saboreaba De Pas como un gastrónomo los bocados, aquella libertad, aquella pereza moral que el verano hacía más voluptuosa para su cuerpo robusto, los sueños vagos de amor sin nombre, la deliciosa realidad de ver á la Regenta á todas horas y mirarse en sus ojos y oirla dulcísimas palabras de una amistad misteriosa, casi mística, hacían desear á don Fermín que el sol se detuviera otra vez, que el tiempo no pasara. Aquel Agosto, tan triste para don Víctor, era para el Magistral el tiempo más dichoso de su vida.

Cuando oía, desde su despacho, muy temprano, el «Santo Dios, Santo Fuerte,» que cantaba como si fueran malagueñas, Teresina, que hacía la limpieza allá fuera, tentaciones sentía de cantar él también. No cantaba, pero se levantaba, salía al pasillo.

—Teresina, el chocolate—gritaba alegre, frotándose las manos.

Y pasaba al comedor.

La doncella, á poco, llegaba con el desayuno en reluciente jicara de china con ramitos de oro. Cerraba tras sí la puerta, y se acercaba á la mesa; dejaba sobre ella el servicio, extendía la servilleta delante del señorito... y esperaba inmóvil á su lado.

Don Fermín, risueño, mojaba un bizcocho en choco-

late; Teresa acercaba el rostro al amo, separando el cuerpo de la mesa; abría la boca de labios finos y muy rojos, con gesto cómico sacaba más de lo preciso la lengua, húmeda y colorada; en ella depositaba el bizcocho don Fermín, con dientes de perlas lo partía la criada, y el señorito se comía la otra mitad.

Y así todas las mañanas.



Con Sabor de Pas